

GUY DE MAUPASSANT
FUNCIONARIO EN LA MARINA
por
Martial de Pradel de Lamase

Mercure de France, 1 de septiembre de 1928

Traducción de José M. Ramos para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

Guy de Maupassant no deja de estar de moda y los pacientes críticos se han esforzado, desde hace treinta años, en estudiar las fuentes de su formación literaria. Los consejos técnicos del maestro Flaubert y las informaciones que adquirió, sin duda a sus expensas, en los medios donde se desarrolló su infancia y en aquellos en los que vivió su juventud, le marcaron su espíritu con una indeleble huella y han contribuido íntimamente a inclinar su talento hacia la dirección en la que recorrió una carrera triunfal.

Esas diversas influencias han sido apreciadas a menudo, pero se olvida habitualmente su existencia de funcionario, de la que me ocuparé aquí apoyando mi documentación en escritos oficiales, muchos de ellos inéditos.

Guy de Maupassant se ha resentido siempre tanto de su doble origen, medio lorenés y medio normando, que siguiendo las directrices maternas, los siete años transcurridos como redactor en el ministerio de la Marina, constituyeron, en efecto el más fecundo de los noviciados. Allí aprendió a conocer a los hombres y a observar las cosas, a formar, en definitiva, su filosofía, desgraciadamente atribulada y deprimente.

Sin embargo, antes de entrar en profundidad en el sujeto, resultará útil definir sus impresiones familiares y establecer la preponderancia que éstas han ejercido sobre su genito tan especial

§

Normando de nacimiento, fue por su carácter tenaz y precavido, así como astuto en sus comportamientos, y conservó de sus antepasados lorenenses la terquedad y el rencor vindicativo, sentimiento que se muda, en las almas fuertes, en tenacidad y patriotismo.

Su padre, Gustave de Maupassant, hijo de un lorenés inmigrado, se había naturalizado por completo como ciudadano normando donde, buscando fortuna, Louis de Maupassant vino a dirigir una explotación agrícola. Habiendo obtenido éxito en esta industria y encontrando una tierra adecuada, éste había adquirido, por cuenta propia, los terrenos de la Neuville-Champ-d'Oisel, no lejos de Rouen. Sin duda habría deseado que su hijo imitase sus gustos campestres, pero aquél, tomado por deseos de miras más amplias, abandonó pronto la agricultura para comprar parte en una sociedad de agentes de cambistas cerca de la Bolsa de París, tal vez animado hacia esta tarea por su joven esposa que le gustaba derrochar.

Se había casado, el nueve de noviembre de mil ochocientos cuarenta y seis, a la edad de veinticuatro años con la señorita Laure Le Poittevin, perteneciente a la distinguida burguesía local, y los primeros años de la vida en común parecen haber sido bastante apacibles.

La cualidad de agente de cambio impresiona a los profanos. Uno se imagina que los oficiales ministeriales de esta categoría manejan oro a mano llenas. Es cierto algunas

veces, no siempre. Sin embargo, el que participe en uno de esos cargos es considerado generalmente como un hombre rico.

El matrimonio de Gustave de Maupassant no tenía necesidad de este estimulante para conservar la fachada, pero bien porque la tarea en la que el marido estaba inmerso fuese de bajo calibre, ya que su parte en la sociedad era pequeña, o bien porque los negocios no siempre resultan beneficiosos, los apuros económicos eran moneda corriente en la casa.

¡No importa! Gastaban sin mesura, y en el verano alquilaban el pequeño castillo de Miromesnil, a las puertas de Tourville-sur-Arques, a algunos kilómetros de Dieppe.

Fue allí donde nació, el 4 de agosto de 1850, el futuro novelista, «Henri-Rene-Alfred¹(sic)-Guy», de «De Maupassant, Gustave-François-Albert, de veintiocho años de edad, rentista, y de Le Poittevin, Laure-Marie-Geneviève, de veintiocho años de edad.»

En 1856 nace un segundo hijo, Hervé, nacido en Grainville-Tourville. Éste debía morir en 1889, en Antibes, donde se dedicaba a la horticultura. A consecuencia de una insolación, en su cerebro se hizo la noche, y como su hermano acabó de la misma manera, tres o cuatro años más tarde, se planteó si la locura no era una tara hereditaria familiar.

Poco tiempo después del nacimiento de Hervé, la pareja se separa amistosamente, debido a incompatibilidades de carácter. La esposa se retira a Étretat, asumiendo la custodia y la educación de los niños, pero el marido venía cada año a pasar las vacaciones con ellos, en calidad «de invitado».

La Sra. de Maupassant es pues, por decirlo de algún modo, la única responsable del desarrollo intelectual y moral de su hijo, y éste, en reciprocidad, le brinda una confianza plena, hasta el punto que sólo a ella le confía la corrección definitiva de las galeradas de la imprenta.

Era instruida, marisabidilla según algunos; en cualquier caso, apreciando en su valor sus lecturas, y muy orgullosa de los elogios dispensados a su primogénito, al que ella creía haber amamantado literariamente.

El vicario de Étretat, el abad Aubourg, enseña a Guy los rudimentos del latín y del griego. En muchos lugares, el vicario, y, en las pequeñas parroquias, el cura, son los primeros maestros de los pequeños debutantes. Resulta para ellos una ganga, un suplemento extra, y para los padres poco afortunados una excelente ocasión de atenuar los gastos de la educación primaria.

Cuando estuvo suficientemente preparado, la Sra. de Maupassant lo internó en el colegio eclesiástico de Yvetot. Tenía trece años². Escolar fantasioso e indomable, el joven Maupassant debió abandonar el pequeño seminario dos años más tarde, y terminar sus estudios en el Instituto de Rouen.

¿Soñaba con glorias literarias, en sus paseos por los acantilados y las pedregosas playas de Étretat? Su alma taciturna no lo dejaba traslucir. A lo sumo, un pedagogo avezado habría observado en el adolescente revoltoso un alma descontenta con el porvenir que parecía estarle destinado, y decidido a arriesgar mucho para franquear las barreras que lo separaba de los *illuminati* y amenazaba mantenerlo para siempre en el rebaño de los vulgares mortales.

Alfred de Musset era su autor favorito, y es probable que se hubiese repetido muy a menudo la siguiente imprecación:

O médiocrité, celui qui, por tout bien,

¹ El nombre real es Henri-René-Albert-Guy (Nota del T.)

² ¿No sería a consecuencia de una escena familiar como la que se describe en *¡Mozo, un bock!...?* (Guy de Maupassant. Obras Completas. Vol II. Editorial M. Aguilar, Madrid 1948. pag 623.)

*T'apporte à ce tripôt dégoûtant de la vie,
Est bien capon au jeu, si ne dit: tout ou rien!*

Se las ingeniaba ya imitándolo, imaginándose, a semejanza de muchos debutantes, que es más honorable escribir en verso que en prosa.

El discípulo observaba impecablemente las reglas de la prosodia en sus composiciones, y esta corrección ilusionaba a sus escasos confidentes sobre su verdadera vocación. El mismo Flaubert, su protector, se equivoca y lo anima a perfeccionarse en poesía. Pero corrección no es sinónimo de inspiración, y se estima en general que Guy de Maupassant hizo bien en escribir una única antología de versos.

Aquellas que hayan sido sus vagas aspiraciones en las soledades de Rouen y las ociosidades familiares de Étretat, sentía que el suelo provinciano no ofrece un trampolín lo suficientemente elástico para quien entrevé las cimas en sus pensamientos. Le hacía falta fijar su residencia en París; pero París sin la fortuna de un hijo de familia rica, sin grandes relaciones y sin sustento, es peor que la estepa más ingrata de provincias. Los talentos más poderosos se atrofian y Lucien de Rubempré recurrió al suicidio sin haber podido dar la medida de su mérito.

No podía pues acudir a París más que con la certeza, al menos la perspectiva, de una posición asegurada; en definitiva, necesitaba realizar «una carrera», y su madre lo presionaba a diario, espantada por un porvenir que no dejaba entrever más que la nada.

¿Pero qué carrera? Un bachiller, sin más, que no tiene ningún gusto en particular, tal vez porque, como le dice Rola, un trabajo cualquiera,

*..... un métier de valet
solevait sur la lèvre un rire inextinguible,*

un tal bachiller, digo, tiene pocas oportunidades de ver abrírsele las puertas, y sobre todo las puertas de la riqueza y la notoriedad.

Se le ofrecía una posibilidad. Hasta esos últimos cuarenta años, uno no entraba en los distintos ministerios mediante oposición, y, en la Marina especialmente, el favor y la recomendación eran los únicos que dictaban la elección de los empleados. Este sistema tenía de bueno que la tradición y el espíritu de familia es lo que genera la cohesión y la fuerza en las instituciones. Además, una estadía obligatoria en prácticas de dos años, sin remuneración, permitía eliminar a los candidatos poco afortunados, garantía para el futuro de que no se dejarían tentar por las ganancias más fuertes de la industria; lo que aseguraba la continuidad de los servicios.

Por útil que este vestigio del anciano sistema pueda aún parecer en 1872, apresurémonos a añadir que sería difícil, sino imposible, considerarlo razonablemente en la actualidad.

En cualquier caso, es aquí cuando interviene Gustave de Maupassant, con una abnegación verdaderamente paternal que le justifica de todos los reproches de padre indiferente, incluso desnaturalizado, que se le tienen dirigidos a la ligera, y al que su hijo no ha defendido suficientemente.

Acabo de recordar que el desacuerdo se había instalado pronto en la pareja y que la Sra. de Maupassant había asumido la custodia de los hijos.

Su marido observa melancólicamente los resultados de esta combinación en una carta:

Separado de la Sra. de Maupassant desde hace 30 años mediante una simple acta de un juez de paz, y mi pobre Guy habiendo estado siempre bajo la influencia de

su madre, y mostrándose muy poco cariñoso hacia mi persona, me mantengo en una extrema reserva en lo concerniente a sus asuntos³.

La nota evidentemente es triste, pero no indica rencor.

§

Hacia poco que había hecho unas activas gestiones preliminares en el ministerio de la Marina, para forzar en su favor esa puerta que no se abría entonces desgraciadamente casi nunca, pues al día siguiente de 1870, se atravesaba por una época de recortes económicos administrativos.

Es gracias a las influencias de su padre como Guy redactaba esta petición:

Étretat, 7 de enero de 1872:

Señor Ministro,

Tengo el honor de solicitar de usted una plaza en los negociados del Ministerio de la Marina.

Soy bachiller en letras y en el momento de la guerra estuve destinado en los despachos de la Intendencia militar donde he sido empleado hasta el mes de noviembre de 1872, época en la que me he hecho reemplazar.

Tengo el honor de rogaros, Señor Ministro, que dé el visto bueno a mi petición incorporándome, según usted juzgue, a su ministerio.

Tengo el honor de ser con respeto, Señor Ministro, vuestro muy obediente servidor.

GUY DE MAUPASSANT⁴

La caligrafía es aplicada y se comprueba que el candidato se ha esforzado por presentar su súplica favorablemente para atraer la atención del jefe.

¿Vio esta petición el almirante Pothuau? Una breve indicación al margen demuestra, en todo caso, que no fue concedida de inmediato.

16 enero.- El Sr. Avasse le responderá que no hay plazas vacantes. Rep. el 18 de enero 1872, n° 73.

La distancia, muy corta, entre las dos fechas, 7 y 16 de enero, bastaría para probar que la petición no había sido escrita al azar y que los Maupassant contaban con amigos en el lugar. Una nueva carta de Gustave de Maupassant nos los hará comprender mejor aún:

Lunes 19 de febrero

El Sr. Faure, jefe de negociado en el movimiento de tropas en el ministerio de la marina, y el subjefe de personal, me han dicho que haga una nueva petición para mi hijo y la presente *directamente* al Ministro por la intermediación del Almirante Saisset, rogando al Almirante que se fundamente en la capacidad de mi hijo y sobre lo que la ha pedido el Sr. Faure y el subjefe de personal para cubrir las vacantes.

Tendré la nueva petición de mi hijo el miércoles o el jueves y la remitiré enseguida al Sr. De Pardie. El Sr. de l'Arbre está advertido por esos caballeros de la nueva gestión que va a ser hecha. Estoy en deuda con el Sr. de Pardieu por hablar con la Sra. de Coubertin y la Señora de L'Arbre. – Mil perdones por abusar de este modo y mil saludos.

³ Gustave de Maupassant a M. Jacob, hombre de negocios, el 29 de marzo de 1892 (Ver. Albert Lumbroso: *Souvenir sur Maupassant* (1905).

⁴ (Archivos del Ministerio de la Marina)

Esta carta, familiar y sobrecargada de algunas tachaduras, es personal y no ha debido ser consignada más que posteriormente por su destinatario desconocido al «expediente» del escritor.

Sin embargo el apoyo debía ser serio y Gustave de Maupassant presionaba a su hijo para que enviase una nueva petición, que él transmitiría enseguida a su correspondiente enlace:

París, 21 de febrero [1872]

Acabo de recibir, mi querido Conde, la petición de mi hijo y me apresura a dirigíroslo agradeciéndos todo lo que usted ha hecho por él. Le reitero, Sr. Faure, jefe del negociado en el movimiento de tropas, la petición de mi hijo en su negociado; el subjefe del personal apoya la demanda, y esos caballeros quisieran que la petición fuese remitida directamente al ministro por el Almirante Saisset y que éste tuviese la bondad de ayudarlos con todo su poder. ¿Es una indiscreción rogaros manifestar al Almirante, así como a la Sra. de Courberin, que quieran interesarse por mi hijo, toda mi gratitud? Es un gran e importante asunto para el porvenir de Guy y yo lo recomiendo en particular a vuestra bondad. Se ha enviado a mucha gente al ministerio de la Marina y sé que hay vacantes que se van a cubrir de aquí a uno o dos meses, que se están obligados a cubrir, apresurémonos a meter a Guy en ello aprovechando y haciéndolo ingresar en el ministerio lo antes posible.

Todo suyo mi querido Conde,

GUSTAVE DE MAUPASSANT

El Sr. Charles Duplessis, jefe de negociado del personal, es uno de mis amigos y se interesa igualmente por mi hijo.

calle Pigalle, 37

La segunda petición de Guy, siempre con una bella caligrafía, está datada en Étretat el 20 de febrero de 1872:

Señor Ministro,

Tengo el honor de solicitar de Su Excelencia un favor que sería para mí de un gran valor: el de ser incorporado al Ministerio de Marina.

He obtenido el título de bachiller en letras el 27 de julio de 1869.

Cuando estalló la guerra contra Prusia comenzaba mis estudios de derecho. Llamado bajo las banderas como soldado de la promoción de 1879, he pasado en Vincennes los exámenes necesarios para ser admitido en la Intendencia Militar. He sido enviado a continuación a la 2ª División, en Rouen, y he permanecido destinado en los negociados de la Intendencia Divisionaria hasta el mes de septiembre de 1871, época en la que me he hecho sustituir.

La gracia que acabo de solicitar a Su Excelencia me sería tanto o más preciosa, en cuanto me permitiría, así espero, continuar en París mis estudios de derecho, bruscamente interrumpidos por la guerra, lo que no me impediría cumplir con celo y exactitud la tarea que me sea encomendada.

Tengo el honor de ser con un profundo respeto, Señor Ministro, de Su Excelencia, el muy humilde y obediente servidor.

GUY DE MAUPASSANT⁶

⁵ ARchivos del Ministerio de la Marina.

⁶ Ibid

A la petición se adjuntaba una copia del diploma de bachiller obtenido el 27 de julio de 1869 en la Facultad de Caen, copia manuscrita y autenticada por el adjunto de Étretat el 22 de febrero de 1872.

El almirante Pothuau, esta vez, escribió al margen: «El contraalmirante Krantz se entrevistará con el Sr. Delarbre y me dirá si la cosa es posible. Acabamos de hacer reducciones y el momento no me parece el más adecuado para realizar admisiones.»

Observemos, de pasada, que en la breve exposición de su escolaridad y de sus servicios militares, Guy de Maupassant no nos habla de su paso por la Móvil, paso que, según sus biógrafos, le habría inspirado especialmente esa descripción que tanto se admira en *Boule de Suif*, la cual aparece visiblemente en las páginas de *la Débâcle*, de su amigo Zola, o en la obra más moderna de Barbusse.

Sea como sea, el ministerio, sin estar muy animado, no ponía al solicitante final absoluto a la recepción de sus demandas. La influencia del Almirante Saidsset, a la cual el Sr. Gustave de Maupassant tuvo razón en confiar, hizo lo demás, como testimonia este oficio:

A. M. el V.A. Saisset, miembro de la Asamblea Nacional
Despacho del Ministro. – Versalles, 20 de marzo de 1872.

Carta del C.-A. Jefe de E..M.

Almirante,

Tengo el honor de informaros que el Ministro quiere consentir, para agradecerle, que el Sr. de Maupassant venga a trabajar en los negociados de la Administración Central, pero como existen muchos empleados en excedencia en los cuadros reglamentarios y varios supernumerarios, me encarga haceros saber, al mismo tiempo, que no le es posible contraer compromiso alguno al respecto de vuestro protegido, que esperará tal vez algún tiempo su nombramiento definitivo como supernumerario.

Soy con un profundo respeto, Almirante, vuestro muy devoto y obediente servidor.

El C.-A. Jefe de E.-M.-

KRANTZ⁷

Al margen de la nota puede leerse:

M. Avalor. – hacer abrir un dossier al Sr. Madurapass y clasificar allí esas obras. Está convenido con el Director que el joven será incorporado a la Biblioteca sustituyendo al Sr. Durassier, que trabajará en nuestro despacho.

En fin! El nuevo aspirante, no solamente en el empleo de redactor – entonces se decía funcionario – sino a la conquista de París, ha entrado en la plaza. Lo que no es más que un pequeño bastión, en la muralla que le separa aún del mundo de sus sueños, una brecha que le permitirá trasladarse a la ciudad.

Todos estos detalles que recuerdan la penetración de Maupassant en París no son inútiles. Balzac da las más copiosas circunstancias sobre la llegada de Lucien de Rubempré al seno de la capital que dedica la gloria; y mi personaje posee la ventaja sobre el héroe del gran novelista que es completamente de carne y hueso.

§

⁷ Archivos del Ministerio de la Marina

Conviene hacer justicia a Guy de Maupassant cuando franquea los primeros escalones – siempre los más arduos – con la prudencia, podría decirse la finura, del normando que no quiere arriesgarse a dar un paso en falso.

Imagino incluso que tras haber recibido la comunicación de su nombramiento, se presenta bajo la bóveda de la calle Royal cinco minutos antes de la hora fijada, y cuando el guardia le haya indicado el camino de la Biblioteca, subiese sin duda con el corazón palpitante los ciento diecinueve escalones que le conducían al lugar.

En lo alto de la escalera, la puerta de un rellano, una vez traspasada, se encuentra ante el Despacho del Bibliotecario, el Sr. Renard, el cual acogió, bien con afabilidad, bien con aire distraído, al futuro supernumerario que debía ser su colaborador durante cerca de seis meses.

¿Qué tarea se le asignó? Es imposible precisarlo ahora. La correspondencia del célebre escritor no nos revela nada al respecto, su expediente administrativo es igualmente mudo en ese sentido y, solamente, breves menciones nos hacen saber que cumplía sus funciones con regularidad.

¿Con qué ojos los apacibles especialistas de la ciudad de los libros vieron al intruso que el gabinete del ministro les imponía? Lo ignoro. El registro de las entradas de la Biblioteca, llevada al día con una escritura meticulosa y uniforme, no está de mano de Maupassant. Se advierte, el 20 de marzo de 1872, con la compra del *Livre des Miracles*, de Grégoire de Tours...

El primer contacto con sus colegas parece haber provocado alguna simpatía. Joven, servicial y afable, tal como se nos lo presenta, el recién llegado se pone rápidamente al corriente de lo que se le podía exigir a un debutante.

Paris se levantaba penosamente de los desastres de la guerra y las angustias de la Comuna, y los recuerdos del año que pasaba por terrible, antes de que se conociese 1914, alimentaban y facilitaban las conversaciones, en las que Maupassant fingía, por lo menos, interesarse. Hace alusión de ello en sus cuentos, y en particular en *L'Heritage* va a darnos un eco de los que se decía entonces en la Marina.

Poniendo en escena a un viejo expedicionario, el tío Savon, al que cada uno gasta bromas pesadas, añade:

Le habían hecho creer que, desde los acontecimientos de la Comuna, los socialistas habían falsificado la mayor parte de los productos de consumo general, para desacreditar al Gobierno y provocar una revolución. Con todo eso había llegado el viejo a concebir un odio feroz contra los anarquistas, viéndolos en acecho por todas partes, agazapados en todas partes, y al mismo tiempo un temor misterioso de una mano desconocida, velada y terrible.⁸

La credulidad del buen hombre permite al maestro estilista una descripción tan densa como sobrecogedora de la maldad que reinaba en los medios administrativos en ese día siguiente de motines.

El imperio, considerado responsable de la derrota, era objeto de la execración universal. Se esforzaba por abolir en todas partes sus marcas y, desde el 4 de septiembre, los emblemas imperiales, rotos, destrozados, arrancados, desaparecían de las tiendas y los monumentos.

El ministerio de la Marina no había escapado a esta furia destructiva y el águila napoleónica no se veía ya ni en el interior, ni en el exterior del monumento. Todavía puede distinguirse, sobre la puerta de entrada que da bajo las arcadas de la Concordia, las huellas del lijado provocado en la carpintería del escudo que la coronaba.

⁸ L'Heritage. (ed. Conard, tomo X)

Las N coronadas que decoraban el techo del comedor del ministro son recubiertas de una rosácea cualquiera. El motivo ornamental de la gran chimenea del salón de la loggia da lugar a un frágil rosal, muy poco en armonía con los soportes conservados. Detrás, por el contrario, un nicho muestra aún su papel sembrado de abejas.

Solo subsiste, intacta, la lámpara iluminando la antecámara ministerial. Alejándose ligeramente de allí, el visitante se da cuenta, con cierta jocosidad, que el hierro forjado presenta el aspecto de una corona soberana.

Pero el imperio no había impuesto más que su águila. Había dotado igualmente a los funcionarios de uniformes representativos. Fue Théodore-Ducos, con motivo de su segundo paso por la calle Royal, quien determina por decreto, en 1853, los diversos uniformes de nuestros marinos, tal y como todavía los portan, salvo ciertas modificaciones aportadas por el tiempo y la moda, y se ocupa del personal civil de su departamento del mismo modo que de los militares.

Desconozco si ese decreto ha sido abolido o únicamente ha caído en desuso, pero me inclino a creer que al día siguiente de la caída de Napoleón III esa decorativa vestimenta todavía era de rigor, al menos en las ceremonias oficiales.

Es curioso imaginarse a Guy de Maupassant abandonando el abrigo de paño para ponerse «la bata de tela azul, con gruesos botones dorados a lo largo del pecho; cuello recto escotado por delante, solapas redondeadas, abiertas a los lados y cerradas mediante dos pequeños botones; faldones sin remangar».

Un chaleco recto, en cachemira blanca, adornado con nueve botoncillos dorados, cuello blanco o una corbata del mismo tono, un pantalón de paño azul ornamentado con un galón de oro, completan el vestuario. Bordados de oro diferentes, según la jerarquía, lo acompañan. ¿Está permitido imaginar al futuro autor de *l'Heritage* así vestido, al jefe con un «sombrero francés bordado con un galón de seda en oro sobre terciopelos con divisas», y al lado del cinto con una «espada con puño de nácar y vaina dorada»?

El uniforme era obligatorio solamente a partir del grado de subjefe de negociado y voluntario para los demás. Pero se imponía, y la tradición quiso que tres funcionarios de la misma talla se cotizasen por poseer uno y vestirlo por turno cuando se daba un baile en las Tullerías. Cada uno lo ponía una hora y así participaban en los eventos oficiales.

La historia, por desgracia para su autenticidad, es igualmente aplicable al único abrigo de los tres primeros Luynes, al chaleco blanco de Persigny o al misterioso disfraz que sirvió a los Cien suizos en una fiesta de Versalles...

Es verosímil que Maupassant, devorado por el deseo de agradar y ser bien visto, no dudase, a pesar de la inferioridad de su grado y la exigüidad de sus facultades pecuniarias, a regalarse el uniforme reglamentario, el cual, por añadidura, hacía resaltar su elegante talle y favorecía sus instintos de vanagloria.

En definitiva, de un modo u otro, consiguió en hacerse notar, y tras seis meses de escuela en la Biblioteca, lo que constituía una estadía muy corta, el Director de las Colonias lo solicitaba para supernumerario, con fecha 17 de octubre de 1872.

El servicio continuaba siendo gratuito y el joven empleado vivía de la raquílica pensión proporcionada por sus padres.

§

El almirante Saisset vigilaba. Tan pronto conoció el progreso de su protegido, rogó al ministro que se le designara entre los empleados con carácter definitivo, «ese jovencito, añadía, satisface completamente a sus jefes por su manera de servir y las necesidades familiares indican que esta mejoría en su situación es necesaria».

El ministro accedió y, a partir del 1 de febrero de 1873, el futuro padre de ese «Cochon de Morin» del que la menor narración, en un periódico de los bulevares, no costaría más tarde menos de 50 lises, tuvo la satisfacción de saber que a partir de ese momento cobraría 125 francos al mes a costas del Estado, más una gratificación de 150 francos a primeros de año.

En esa época es un muchacho de veintiún años y medio, cuyo cerebro bulle de ideas, pero que todavía no ha producido nada serio.

El pequeño seminario de Yvetot lo ha expulsado so pretexto de unos versos demasiado licenciosos. Alumno en el Instituto de Ruán, los días de salida se relaciona con un amigo de su familia, el poeta Louis Bouilhet y, bajo su disciplina, persiste en instigar a la Musa. Como se ve, sus aspiraciones son bastante vagas.

Su auténtico aprendizaje, lo haría en los despachos de la Marina, porque serán para él los puestos de observación donde estudiará a los hombres de la que desafortunadamente sólo retendrá sus defectos y ridiculeces, y que pintará más tarde con pincel despiadado, abusando de su incomparable don de caricaturista.

Puesto que sabía plasmar con exactitud e intensidad las cosas vistas y oídas, ¿cómo no es que retuvo y expuso entonces lo que se decía en la Marina, escapada milagrosamente al desastre de la Comuna, gracias a la energía y a la presencia de espíritu de su jefe de material, Sr. Gablin? Habría escrito unos volúmenes de un trágico poderoso, y la historia se habría enriquecido con tan magníficos relatos de heroísmo. ¿Cómo no contó por escrito las anécdotas picantes que circulaban entre sus colegas, testimoniando que si ese espíritu es a veces cuestionable, siempre ha sido, sin embargo, francés?

Maupassant hacía profesión de no creer en el heroísmo, o si la evidencia lo obligaba a constatarlo, lo consideraba como una anomalía poco recomendable. En cuanto a las bromas, jamás le gustaron excepto las que él mismo se inventaba.

Uno de sus biógrafos⁹, más bien benevolente, ha resumido perfectamente sus tendencias, naturalmente maliciosas, atravesadas. Mejor que él lo diga:

Desde esa época, la vida del despacho, el espectáculo de los misterios administrativos, la relación con sus jefes y sus colegas eran para él la fuente de disfrutes sinceros y una ocasión para bromas inagotables. Satisfacía esto inclinándose por la burla que no lo abandonaría jamás, esa necesidad de cargar a otros que alegra toda su juventud. Aquellos que lo encontraron en las cenas de Catulle Mendès, artistas y escritores, preocupados sobre todo de serios problemas de estética, ebrios de discusiones literarias, se sorprendían de verlo aportar a la conversación anécdotas documentadas e invectivas enérgicas contra el personal del ministerio. Sobre este aspecto, él no se agotaba. Perseguía en un medio nuevo esas observaciones escrupulosas, esta investigación atenta de la simplicidad humana, que él había emprendido antes con los pescadores y los paisanos de Étretat, sus primeros compañeros. Y más tarde, en sus nuevas búsquedas, él recreará la crónica de los despachos y de los caracteres de los empleados que él ha conocido, del mismo modo que se acuerda de las aventuras de su infancia y todas sus impresiones sobre la tierra normanda. Sobre esta existencia humilde y monótona de los pequeños burócratas, fértil en incidentes cómicos y en situaciones divertidas, compuso unos encantadores relatos, que están entre los más expresivos y los más verdaderos que él haya escrito.

Sin embargo olvida las más sabrosas anécdotas que circulan y se deslizan siempre por los despachos de la Marina, algunas de las cuales contienen los elementos de una comicidad consumada.

⁹ Edouard Maynial: *La vie et l'oeuvre de Guy de Maupassant* (1906)

Por ejemplo, el recién llegado a quién se le persuade, su primer día de trabajo, de que visite trajeado a todos sus jefes jerárquicos. Igualmente sucede con el antiguo empleado concienzudo, pero corto de miras, al que se hace palidecer sobre un documento de apariencia administrativa donde se estudia el interesante proyecto de comunicar Dakar con Djibuouti mediante una flotilla aérea de cóndores domesticados. A ese viejo funcionario, nadie lo ha conocido, pero todos los veteranos lo han oído hablar a sus precedentes e, investigando bien, tal vez pudiese ser encontrado entre los despachos de Sartine, ¿quién sabe incluso si en los de Seignelay? Es pues el ingenio del marinero que erige el obelisco dispuesto a hundirse en el momento de asentarse sobre su zócalo, mojado las cuerdas por sus propios medios, *coram populo*.

El episodio es imaginario y se resiente demasiado del famoso grito de: «!mojad las cuerdas!» que ha inmortalizado la erección del obelisco de San Pedro de Roma. Pero puesto que Maupassant no retrocedía ante la broma equívoca, tenía en ella una excelente ocasión de ejercer su elocuencia.

Prefirió asar y dar vueltas sobre la parrilla de sus sarcasmos a los compañeros de cadena con el que había compartido no solamente los trabajos, sino con los que igualmente había abrazado, dígame como se diga, las concepciones de vida, inherentes al oficio.

De tanto vivir entre ellos, no se diferencia de los más ordinarios excepto por el corte de sus trajes, siempre de moda, y por la educación de sus maneras, hábito de economía y virtudes de una educación de primera.

Esta constante corrección contrastaba con su amor al remo en compañías escandalosas, sus almuerzos en los tugurios de las orillas del río, sus bromas infligidas a los inocentes.

Le gustaba reprochar a sus antiguos compañeros no tener obro objetivo en la vida que el ascenso que les procuraría más consideración, más dinero, y una pensión más ventajosa al fin de sus días. Consideraba esta ambición demasiada exigua y se burla de los serviles desgraciados, incapaces de elevar sus almas por encima de esas miserables contingencias. Pero él mismo, que no espera en absoluto escapar a la existencia monótona de los despachos, se sacrifica como los demás a la necesidad de mejorar su situación y en sus solicitudes pone más apresto y menos discreción que muchos; su ideal permanece siendo mezquino en tanto que su horizonte se revele restringido.

Se recomendaba a sus jefes por su celo y su asiduidad, lo que el loable, y no temía de ningún modo cansar a sus protectores por sus repetidas peticiones de intervención.

¿Cómo no recompensar a un empleado que testimonia tal entrega, y además produce tanta satisfacción? Admitido al principio sin un nombramiento claramente definido, después de dos años de supernumerario, se le concede el título de funcionario de carrera el 25 de marzo de 1874, con aumento de sueldo, merced al informe favorable de M. Delarbre, Director de la Contabilidad general. Tres años más tarde, obtiene un puesto de mayor categoría.

Esta rápida ascensión – pues todo es relativo – habría podido provocar celos en los colegas menos recomendados y menos reivindicativos, pero tal vez con menos merecimientos que él. No parece sin embargo que ninguno de ellos diera muestras de mal humor, pues Maupassant, fiel a su táctica del principio, se había mostrado afable ante todos, buen compañero, no dejando traslucir de su superioridad más que una urbanidad un poco altanera, sin embargo con familiaridad; matiz imperceptible en el gesto, del que perciben las personas sin pretensión y en las que se advierte cierto grado de gentleman, por lo que él se las ingeniaba en pasar junto a ellos.

Tales han sido, en líneas generales, las primeras etapas de Maupassant en la carrera administrativa, casi tan banales, en definitiva, como las de su adolescencia, pero que es útil recordar aunque sea para apreciar los rencores hacia el autor que está empezando a surgir.

Hector de Gribelin, escribirá en uno de sus cuentos¹⁰, había sido educado en provincias, en el casa paterna, por un viejo cura preceptor. No era rico, pero se vivía guardando las apariencias.

Luego, a los 20 años, se le había buscado una posición y había entrado como funcionario con 1500 francos anuales en el ministerio de la marina. Había encallado en este escollo como todos los que no están preparados felizmente para el rudo combate de la vida, para todos aquellos que ven la existencia a través de una nube, que ignoran los medios y las resistencias, en quién no ha desarrollado en la infancia aptitudes especiales, facultades particulares, una disposición enérgica para la lucha, todos aquellos que no han tenido un arma o un instrumento en la mano.

Sus tres primeros anos en el negociado fueron horribles.

¡Si pudo soportar, con estoicismo y la sonrisa en los labios, esta larga tortura moral, es que Maupassant tuvo el corazón muy templado, se pensará! Solo que la verdad es diferente. Él había tomado alegremente su situación que tal vez chocaba con sus secretas esperanzas, pero no contrariaba en nada sus instintos personales, y se había adaptado sin esfuerzos a un oficio del que no veía la posibilidad de evadirse.

El 15 de abril, una nota de servicio lo destina al negociado de los Equipajes (dirección del Personal), puesto que ocupará casi hasta su marcha definitiva¹¹.

El informe a consecuencia del cual obtenía este nombramiento, firmado aún por M. Delarbre, es de los más elogiosos:

M. de Maupassant es recomendado de una manera absolutamente particular por los Sres. Vicealmirantes Fourichon y Saisset.

El Sr. de Maupassant trabaja en los negociados desde hace un año, es un joven muy inteligente y capaz que ha recibido una muy buena educación y del que se está muy satisfecho.¹²

Nosotros estamos lejos de creer esta observación legendaria:

«Maupassant, funcionario concienzudo, pero redacta mal». Digo legendaria, pues no se encuentra en ninguna parte huella del informe bastante poco perspicaz.

Una apreciación del almirante Martineau des Chenetz completaba el informe, igualmente elogioso:

No tengo más que los mejores testimonios que proporcionar sobre la actitud de este joven que destaca por su inteligencia, su celo y sus perfectos modales.

Pero el impecable empleado modifica sensiblemente su conducta. Helo aquí funcionario de carrera, con una seguridad económica pequeña, es cierto, pero que lo salvaguarda de la bohemia en la que temía sucumbir.

Se vuelve distante, sin dejar de ser cortés, y de simpático se vuelve poco a poco francamente antipático al lado de sus camaradas que perciben en él la guasa, sin sospechar sin embargo que es, al mismo tiempo, desdeñoso. A pesar de todo, permanece

¹⁰ *A Cheval* (ed. Conard, tomo IV), aparecido por primera vez en *Le Gaulois* del 14 de enero de 1883.

¹¹ De la dirección de las Colonias había pasado antes por el negociado de Aprovisionamientos (dirección de Material).

¹² Archivos del Ministerio de la Marina.

siendo el normando práctico, atengo a no soltar la presa. Proseguirá su carrera sin olvidar ninguno de los senderos recorridos que conducen a las cimas administrativas cuyas cumbres le parecen ya insignificantes toperas, pero intentará a la vez, alzar su vuelo hacia las altas montañas.

A fin de realizar este ambicioso proyecto, piensa secretamente en la literatura, por la que siente aptitudes que su madre ha alentado, y confía en la protección de Flaubert que al principio no demuestra un celo excesivo en su favor, pero al que nunca regateará su devoción.

Antes de estudiar más adelante al Maupassant funcionario en la Marina y de determinar el tipo y grado de influencia ejercido sobre su talento por su estancia en esta colmena medio civil, medio militar, es necesario detenerse aquí en una digresión respecto a las relaciones del autor de *Madame Bovary* con el autor de *En Famille*.

§

Generalmente se cree que fueron unas relaciones de tío y sobrino, aún más que de profesor y alumno. Es un error que Maupassant dejó voluntariamente acreditar, en cualquier caso como la mayoría de sus biógrafos han consignado.

No existía ningún lazo de sangre, aparentemente al menos, entre ambos personajes, pero una amistad muy sólida mantenida por sus padres, unía a las dos familias ruenesas.

El célebre doctor Flaubert, el padre del escritor, estaba relacionado con el Sr. Le Poittevin, padre de la Sra. de Maupassant, y los hijos de los dos hogares, siendo de la misma edad, se educaron juntos como hermanos y hermanas. El joven Le Poittevin murió, apenas sobrepasado el umbral de la adolescencia, y Gustave Flaubert se sumió en una intensa pena. Trasladó todo su afecto sobre la hermana a la que acompañó toda su vida, ya soltera, ya como mujer casada, y no se sabe en absoluto que el Sr. de Maupassant haya cuajado una intimidad que no fuese sin duda estrictamente platónica.

Laure le Poittevin, orgullosa de ser querida por un autor aclamado, le consultaba con confianza respecto a la educación y porvenir de su hijo, dispuesta a seguir ciegamente sus consejos.

Su corazón maternal estaba henchido de las ambiciones literarias de Guy, pero ella no quería poder reprocharse más adelante haber favorecido una inclinación que lo llevase más frecuentemente al hospital que a la Academia.

En esta perplejidad, imploraba la opinión del gran hombre, escribiéndole, el 19 de febrero de 1873:

Seguiré tus consejos. Si dices sí, animaremos a ese muchacho en el camino que prefiera; pero si dices que no, lo enviaremos a hacer pelucas... o algo similar¹³.

A esta carta, haciéndose evidentemente eco de una conversación anterior, Flaubert respondía el 23 de febrero de 1873:

No te puedes imaginar lo encantador que encuentro a tu hijo, inteligente, buen chico, sensitivo y espiritual, en definitiva (para emplear la palabra de moda) ¡simpático!... Hay que alentar a tu hijo en el gusto que tiene por los versos, porque esa es una noble pasión, porque las letras consuelan de los infortunios y porque tal vez tenga talento: ¿quién sabe? Hasta ahora no ha producido lo suficiente para poder

¹³ Ed. Conard. Tomo II.

permitirme obtener su horóscopo poético, y además ¿a quién le está permitido decidir el porvenir de un hombre?

Creo que nuestro muchachito es un poco holgazán y mediocrementemente dispuesto al trabajo. Me gustaría verlo acometer una obra de amplias miras, aunque fuese detestable¹⁴.

Flaubert veía, en efecto, a menudo al hijo de su amiga.

Nuestro funcionario, desde que salía de su tarea cotidiana y ésta le permitía algunas horas de ocio, redactaba poemas y relatos que iba a enseñar al maestro, los domingos. Desde 1873 hasta 1880, el creador de *Sallambô* examinaba y corregía, como se corrigen los deberes de un colegial, tachando los epítetos inútiles, vigilando las impropiedades, las licencias gramaticales. El alumno se llevaba dócilmente a la calle Royal su copia repleta de tachaduras y la rehacía para el domingo siguiente.

La opinión de Flaubert apenas se modificaba. Siguiendo sus consejos, Maupassant abandonaba finalmente los versos por la prosa. Después de 1870, había esbozado una novela, *L'Angelus*, que, interrumpida, fue retomada cuando ya era célebre, pero que nunca terminó. Con elocuencia describe «esta nostalgia invencible de los cambiantes¹⁵»

El 20 de octubre de 1873, Flaubert escribía a la Sra. de Maupassant:

Tu hijo tiene razón en quererme, pues experimento por él una verdadera amistad. Es espiritual, letrado, encantador, y además es el sobrino de mi pobre Alfred.

A lo que la Sra. de Maupassant contestaba a Flaubert:

Etretat, 19 de febrero de 1873.

Mi querido amigo,

... Guy está tan feliz de ir a tu casa todos los domingos, de ser atendido durante largas horas, de ser tratado con esta familiaridad tan halagadora y tan dulce, que todas sus cartas cuentan y vuelven a contar siempre lo mismo. El querido muchacho me cuenta su vida diaria; me habla de nuestros amigos con los que se encuentra en París, y de las distracciones que se topa en su camino; luego, invariablemente el capítulo acaba así: «pero la casa donde mejor me siento que en ningún otro sitio, es a la que retorno sin cesar, es la casa del Sr. Flaubert»... – Y yo jamás encuentro esta apreciación monótona¹⁶.

A pesar de estos vínculos y estas muestras de afecto, parece que Flaubert no se habitúa fácilmente a tomar en serio el talento del aspirante a narrador y, si se dedica a hojear sus trabajos, siempre mantiene el rango del maestro hacia el escolar, no el del maestro hacia el discípulo.

Sin embargo dio este excelente consejo a Maupassant, suponiendo que dicha opinión no hubiese seguida antes de haber sido formulada: dedicarse a observar todo lo que sucede a su alrededor, hombres y cosas, y no describir más que lo que se haya visto y analizado *in situ*, toda descripción que proceda de la imaginación se arriesga, por vicio de exactitud, a aburrir al lector.

¹⁴

¹⁵ *L'Angelus* (ed. Conard, tomo XXIX).

¹⁶

El don de observación era, en efecto, innato en Maupassant; no tengo reparos en decir que lo poseía en igual grado que Balzac, y quién se empareja muy de cerca con el rey de los novelistas, pero al que supera en mucho por el estallido y la sobriedad del relato.

Por lo demás, al igual que Balzac, no se dedica a pintar más que los medios y los personajes que le resultan familiares.

Balzac fotografía de maravilla la pensión Vauquier o el estudio de oficiales ministeriales del último escalafón. Él bosqueja perfectamente tanto los rincones y esquinas del Palacio de Justicia que frecuenta en calidad de secretario judicial, pero cuando quiere retratar al «bello mundo», no es capaz.

Nos describe muy bien las antesalas que ha franqueado y la actitud burlona e insolente de la servidumbre cara a cara ante un visitante dudoso; por el contrario, desvaría completamente cuando pretende desmontar los resortes que hacen mover a sus personajes. Toma demasiado fácilmente por grandes damas algunas nuevas ricas del Imperio que, algunos lustros más tarde, habrán sido sencillamente mujerzuelas, pero que jamás habrían representado ante un mundano avezado, a la auténtica mujer como Dios manda.

Del mismo modo, Maupassant no se conforma con fotografiar, físicamente y moralmente, a los empleados del ministerio que, pasando ante él, han impreso en el fondo de su ojo y en el pozo de su memoria una imagen imperecedera; los resucita y nos los presenta vivos, tan bien además como los trabajadores del mar de las costas normandas. Al lado de esto, desde que da rienda suelta a su fantasía, nos transporta en un medio inexistente. Tal es esta colección de nobles arruinados que habría descubierto en no sé que pasado ignorado del barrio Saint Germain:

Ajenos a la vida moderna, humildes y orgullosos, esos aristócratas necesitados vivían en los pisos más altos de las casas adormecidas. Desde arriba a abajo de esas viviendas, los inquilinos poseían algún título nobiliario, pero el dinero parecía escaso desde el 1º hasta el 6º¹⁷.

Es Héctor de Gribelin, uno de los pocos personajes simpáticos en la obra de Maupassant, que exhuma esos fósiles en sus antiguas y vetustas guaridas:

Allí se había encontrado con algunos amigos de su familia, ancianos un poco venidos a menos y poco afortunados también, que vivían en las calles nobles, las tristes calles del barrio Saint Germain, y se había hecho un círculo de conocidos.

¿Qué explorador podría indicar sobre el mapa de París el barrio dónde han vivido, dónde deben vivir aún esos interesantes personajes?

¿No es posible una confusión, en el espíritu del narrador, con ese medio artificial e interpola lo que él frecuentaba en casa de la madre de *Yvette*¹⁸? «Todos nobles, todos con título, todos hablando de sus antepasados con el menor motivo, contando su vida a propósito de todo. Interesantes de conocer, a menudo espirituales, nunca banales como los funcionarios franceses.»

Este último epíteto es demasiado, la banalidad acompañándose en este caso de una honorabilidad que Maupassant reconocía no encontrar en casa de las personas elegantes de las que él era comensal.

¹⁷ A Cheval (ed. Conard, tomo IV)

¹⁸ Yvette (ed. Conard, tomo XII)

El funcionario Héctor de Gribelin, por añadidura, acababa de casarse con una joven «noble y pobre como él», sueño que tal vez su modelo había acariciado sin pensar en el futuro¹⁹. El mundo tan pequeño, sus biógrafos están de acuerdo por encima de todo que él no frecuentará más que tarde, cuando comenzaba a elevarse la vela que lo arrastraría hacia la admiración de sus contemporáneos.

A fuerza de docilidad hacia Flaubert, a base de tratar de escribir como el maestro quería que se escribiese, el ilustre amigo se había relajado de su severidad. Se había presentado en algunos cenáculos literarios y había tolerado algunas tentativas de principiante en oscuros periódicos.

Maupassant comienza a entrever la fortuna y estima, desde entonces, ya no tenía necesidad de relacionarse con el personal de la Marina; sin embargo, siempre fiel a sus hábitos de prudencia, no se atreve aún a romper con ellos. Se limitaba a hacerles sentir que ellos no estaban a su altura.

Continúo pues yendo al despacho, y menos preocupado a partir de ese momento de su ascenso administrativo, va allí sobre todo a completar sus informaciones psicológicas sobre el lugar; en lugar de escribir los documentos oficiales, se divierte bosquejando la descripción de la colmena trabajadora donde cada uno, salvo él, persiste en tomar su labor en serio.

Aunque todavía no fuesen las diez, los empleados llegaban como una oleada bajo la gran puerta del ministerio de la Marina, llegados apresuradamente de todos los rincones de París, pues se acerca el día de año nuevo, época de buena predisposición y ascensos. Un ruido de pasos apresurados llenaba el amplio edificio tortuoso como un laberinto surcado por inextricables pasillos, a los que se accedía por innumerables puertas dando entrada a los despachos.

Cada uno penetraba en su jaula, estrechaba la mano del colega que llegara antes, se quitaba su abrigo, se ponía el viejo uniforme de trabajo y se sentaba ante su mesa donde lo esperaban los papeles. Luego se iba a informar de las novedades en los despachos contiguos, informándose primero si el jefe estaba allí, si estaba de buen humor, si el correo del día era voluminoso.

El funcionario encargado del «material general», Sr. César Cachelin, antiguo suboficial de infantería de marina, convertido en funcionario principal por el paso del tiempo, registraba sobre un gran libro todas las piezas que traía el ujier de gabinete. Frente a él, un viejo embrutecido, famoso en todo el ministerio por sus desgracias conyugales, transcribía con una mano lenta, el despacho del jefe, y se aplicaba, con el cuerpo ladeado, la mirada oblicua, en una postura rígida de meticuloso copista. El Sr. Cachelin, un hombre gordo cuyos cabellos blancos y cortos se erizaban sobre el cráneo, hablaba siempre mientras realizaba su tarea cotidiana: «Treinta y dos despachos de Toulon». Este puerto nos envía tanto como los otros cuatro juntos.

¹⁹ A pesar de sus pretensiones – y es sabido que los orígenes de su familia son bastante onfusos – él le escapa un día esta bobada demagógica dirigida a Flaubert sobre un papel con membrete del Ministerio de la Marina:

«Solicito la supresión de las clases dirigentes, de esa amalgama de bellos caballeros entupidos que retozan en las faldas de esta arrastrada devota e idiota que se llama la buena sociedad.

«Pues bien, ahora encuentro que 93 ha sido dulce.... Puesto que las viejas clases dirigente son también inteligentes hoy como antes, tan viles, tan mentirosas e irritantes hoy como entonces, hay que suprimir las clases dirigentes hoy como entonces...» (Ed. Conard, tomo I.)

¿Sin duda, ese día, Héctor de Gribelin había padecido un revés en las «calles Nobel del barrio de Saint-Germain»?

Esta página constituye el comienzo de *l'Heritage*²⁰, que me complazco en citar a menudo, porque este cuento, al que él dedica más análisis que de costumbre, me parece el prototipo del estilo de Maupassant.

Como en la mayoría de sus otras composiciones, la trama es de lo más sencillo y no tiene valor más que por la claridad de la frase y la concisión evocadora de la imagen. Uno queda seducido por el placer de la lectura, la precisión aparente de las reflexiones y, llegada la última página, queda en el paladar el gusto de la ceniza que da produce la pintura voluntariamente decepcionante de los defectos humanos. No me extenderé sobre el tema de *l'Heritage*. Lo importante es que, al abrigo de la ficción, Maupassant nos haya trazado un cuadro negro de sus camaradas y de su existencia burocrática.

Cachelin, el ex suboficial de infantería, es el funcionario C.; Lesable, funcionario puntual, es el subjefe S.D. El apuesto Maze, que se quita siempre sus manguitos, es el funcionario Ca.

En cuanto al grotesco Torchebeuf, el jefe del negociado, es M.L., al que Maupassant perseguirá con su animosidad hasta el punto de tomar su nombre auténtico para adornar el título de un relato, cuya protagonista desempeñas un papel bastante escabroso²¹

En *la Pendule* – titulado también *En Famille* – otro empleado figura bajo los rasgos poco halagadores de Caravan, al mismo tiempo que un médico de la marina, al que bautiza doctor Chenet.

En *Au printemps*, el papel ridículo es igualmente mantenido por un funcionario de la Marina.

No solamente todos estos personajes están en posesión de un físico lamentable, sino que su alma es tenebrosa, capaz de las peores vilezas, su inteligencia limitada y desprovista de horizonte.

¿Tenía Maupassant motivos legítimos para quejarse de la actitud de sus colegas con respecto a él y de la irritación que le causaba frecuentarlos?

La diversidad de los reclutamientos genera, es cierto, contrariedades de gustos, pero los roces resultantes son inherentes a toda aglomeración humana.

Y como, además, ¿Maupassant habría enfrentado sus gustos personales a los de sus compañeros de la Marina, teniendo un grupo de amigos para dedicarse, fuera de allí, a ejercicios violentos que no tenían en absoluto nada de refinados?

Era entonces un muchacho robusto, más bien bajo y macizo, que poseía una embarcación, «La feuille à l'envers», copropietario junto con Léon Fontaine. Estos dos capitalistas admitían por compañeros de navegación a un futuro comisario, un futuro inspector de la Compañía ferroviaria del Este y un futuro bibliotecario de Ruán. Se juntaban con frecuencia con una señorita un poco locuela que soñaba con morir honrada madre de familia y que llegó a realizar su sueño.

Todos esos marinos de agua dulce figuraron más tarde en la obra del autor, bajo los pseudónimos de «Joseph Prunier». «Petit Bleu», «N'a qu'un oeil», «La Toque», «Mouche», «Tomahawk».

Para más abundar, ¿se quiere saber cuáles eran sus diversiones?

Se detenían a menudo en un cabaret aislado de Sartrouville, donde el remero escondía en el papel la primera versión de sus composiciones juveniles²².

El recuerdo de sus escapadas fluviales le proporcionó numerosos temas, y *Mouche*, publicado en *l'Echo de Paris* del 7 de febrero de 1890, es el resumen más completo de ello, puesto que en él se nos proporcionan hasta los motes de sus amigos.

²⁰ *L'Heritage* (ed. Conard, tomo X)

²¹ Gil Blas del 21 de agosto de 1883, bajo el pseudónimo de Maufrigneuse.

²² Henri d'Almérás: *Avant la gloire – leurs débuts*, 1^o série (1902)

En aquella época, escribía, «yo era un empleado sin un centavo; ahora soy un hombre que puede dilapidar gruesas sumas por el capricho de un segundo»²³.

La atracción de tales paseos no lo abandona, y los recordará a menudo en sus *Dimanches d'un bourgeois de Paris*²⁴, los describirá en *Yvette*, en el *Père Mongilet*, he aquí el principio:

En la oficina, el tío Mongilet tenía fama de raro. Era un antiguo empleado, buen hombre, que no había salido de París más que una vez en la vida.

Estábamos a fines de julio, y los domingos todos salíamos al campo para tumbarnos sobre la hierba o darnos un chapuzón. Los pueblos vecinos: Asnières, Argenteuil, Chetou, Bougival, Maison, Passy, tenían sus visitantes asiduos y sus fanáticos. Se discutían apasionadamente los méritos y las ventajas de estos lugares célebres y deliciosos para los empleados de París.²⁵

Los curiosos se han divertido mucho buscando los testigos de estas jornadas náuticas e incluso hasta han llegado a entrevistar a la antigua casera de Maupassant, la Sra. Levanneur, que alquilaba al escritor una pequeña vivienda a orillas del Sena. «Recuerdo perfectamente al Sr. de Maupassant, contaba ella. Partía con sus amigos o solo en su barco y nunca lo vi tan feliz como en el agua. Subía en seguida a su habitación y escribía. A veces, atroces migrañas lo abatían súbitamente. Se acostaba entonces durante todo el día y consumía éter, con la esperanza de ver desaparecer su dolor».

Este olor a éter, que se sentía siempre en su casa y sobre el que la Sra. Levanneur insiste, da un poco que reflexionar.

¿No sería éste el principio de ese mal moral, de esa neurastenia sobreaguda cuyo desenlace fue tan trágico?

El Sr. Henri Roujon, quién lo conoció en esa época, nos afirma sin embargo que

Maupassant, el Maupassant de entonces, no tenía absolutamente ningún atisbo de un neurótico. Su tez y su piel parecían los de un aldeano curtido por las brisas, su voz conservaba el acento arrastrado de los campesinos. No soñaba con otra cosa que las carreras al aire libre, deporte y de domingos de remo. No quería vivir más que a orillas del Sena. Cada día, se levantaba desde el amanecer, lavaba su yola, hacía algunos largos fumando unas pipas y saltaba lo más tarde posible al tren para ir a echar pestes y a penar en su cárcel administrativa. Bebía como una esponja, comía como cuatro y dormía de un tirón; lo demás según surgiera.²⁶

El doctor Pillet, a su vez, nos lo muestra, a pesar de todo, como un pesimista y triste, un neurópata, en una palabra.

Un aspecto físico excelente, ocultando violentas migrañas y trastornos nerviosos; un carácter muy alegre y muy dichoso, pero por explosiones, sobre un fondo dominante de melancolía y taras psíquicas.

Todos estos síntomas permiten afirmar la presencia de una neurosis, y las migrañas nos indican que esta neurosis es una epilepsia.

Sobre este terreno predisuesto, vinieron a actuar los excesos alcohólicos, venéreos, el consumo de estupefacientes, y finalmente la sífilis²⁷

²³ Ed. Conard, tomo XXVI.

²⁴ Ed. Conard, tomo XXIX

²⁵ Ed. Conard, tomo XXIX.

²⁶ Henri Roujon: *Souvenir d'art et de littérature* (Grande Revue, febrero 1904)

²⁷ Dr. Maurice Pillet: *Le mal de Maupassant* (1911)

El doctor Pillet nos asegura que habría contraído esta última enfermedad hacia los veintitrés años, es decir a principios de su entrada en el ministerio de la Marina. ¿Sería por rencor a ese recuerdo punzante que hubiese dado a demostrar una hostilidad abiertamente manifiesta en su obra, hacia el ministerio?

¿No sería más bien para vengarse cruelmente de las burlas bajo cuerda de algunos compañeros celosos, que conocían sus ambiciones literarias y se sorprendían de no ver aparecer nada bajo su nombre? De este modo los compañeros de Lucien de Rubempré denigraban al «gran hombre de provincias», en tanto el no hubiese conseguido forzar las puertas de los editores, llamándole el «poeta Sansonnet», porque lo sabían poseedor de una carpeta con una colección de sonetos rechazados por todos. Eso era evidentemente cruel, pero después de todo muy humano, y es una regla que el éxito aconseje la indulgencia y disipe hasta los recuerdos de las humillaciones sometidas inicialmente.

Su jefe de negociado, M. L., ¿se permitió algunas alusiones maliciosas respecto de las pretensiones académicas de su subordinado? Es posible, pues nadie ha sido más ofensivo que Torchebeuf, apodo bajo el cual él lo entrega a los sarcasmos de la posteridad. Y sin embargo M. L., superior concienzudo, no cesa nunca de informar de él favorablemente:

«Parece inteligente, satisfactoria manera de servir», dirá de él en el boletín de final de año con fecha de 1 de enero de 1875.²⁸

«Puntual, asiduo, bueno, dócil, agradable, se hace querer por todo el mundo», ya habían dicho de él, en 1864, sus profesores de Yvetot.

Es en el transcurso del año 1875, cuando Maupassant experimenta la alegría de verse impreso por primera vez.

Su amigo Léon Fontaine tenía un primo director de *l'Almanach lorrain de Pont-à-Mousson*, y éste último acepta publicar en su hoja *La main d'écorché*, relato macabro que firma bajo el pseudónimo de Joseph Prunier.

Era un comienzo, y Flaubert, introduciéndolo a su vez en el pequeño cenáculo de la escuela realista, le favoreció su relación con Zola, Hennique, Huysman, Paul Alexis, Céard, quiénes le acompañarán todos más tarde en su ascenso hacia la gloria.

Fue en el apartamento de la calle Murillo donde Maupassant conoció al historiador de los *Rougon-Macquart*. Zola lo invitó a sus jueves, en la calle Saint-Georges, y, desde el verano de 1876, a Médan. Invitado a las cenas de Catulle Mendès, en la calle de Bruxelles, pudo ser presentado allí a la princesa Mathilde²⁹

El futuro le sonríe, y, si está descontento con sus jefes, aquellos no lo están de él, puesto que el 30 de noviembre de 1875, M. L..., siembre benevolente, le juzga así por el año transcurrido:

Este empleado es inteligente y parece bien dotado. Además está animado del deseo de hacer bien su trabajo. Cuando haya adquirido la experiencia que le falta, será un muy buen empleado. Yo estoy ya muy satisfecho de sus esfuerzos, y si fuera posible conceder este años un cuarto ascenso al negociado de los aprovisionamientos, propondría al Sr. Director que tenga a bien reservarlo para el Señor de Maupassant.³⁰

²⁸ Archivos del Ministerio de la Marina

²⁹ Gabriel Clouzet: *Guy de Maupassant* (aparecido en *Portraist d'hier*, del 15 de noviembre de 1890).

³⁰ Archivos del Ministerio de la Marina

¿Es a este celo administrativo, elogiado por M. L..., al que necesita atribuir la penuria de inspiración que revela esta carta dirigida a su madre el 30 de octubre de 1875?

Trato de encontrar temas para relatos. Durante el día, en el ministerio, podría trabajar allí un poco. Pues mis piezas me ocupan todas mis veladas, e intentaré hacerlas pasar en un periódico cualquiera³¹.

¿Cómo no iba a recoger, repito, algunas de las sabrosas historietas de las que fue testigo, por ejemplo, ese gran pasillo del servicio Interior que él conocía tan bien?

Ese corredor, si se cree en la leyenda, se había convertido, a finales del segundo imperio, en la cita de partidas de bolos encarnizadas, donde se ejercía la destreza de los chupatintas desocupados. Cuando por casualidad se advertía a un gran jefe echando un vistazo fuera de su despacho, los jugadores gritaban al unísono: «Uno, dos, tres... ¡Viva el emperador!» – «¡Excelentes empleados!» murmuraba el otro, y la cabeza desaparecía, aprobando discretamente.

§

El año 1876 se abrió bajo felices auspicios, aunque Raymond Deslandes hubiese rechazado para el *Vaudeville* el sainete en verso «*Une répétition*».

El Sr. Henri Roujon nos ha dejado una divertida narración de los debuts de Maupassant, cuando él mismo, en febrero de 1876, acababa de asumir las funciones de secretario de redacción en la *République des Lettres*. El director, Catulle Mendès, le mostraba un manuscrito titulado *Au bord de l'eau* y firmado: Guy de Valmont.

–¿Quién es éste?

– Un recomendado. Un amigo de Flaubert. El mismo Flaubert envía el manuscrito, rogándome que lo publique... Guy de Valmont es un pseudónimo. Flaubert me explicó que su joven amigo está empleado en el Ministerio de la Marina, bajo las órdenes de un hombre al que no le gustan los versos. El verdadero nombre del poeta es Maupassant. Además, va a venir a vernos.

Su aspecto no tenía nada de romántico. Una figura redonda congestionada de marino de agua dulce, de francas formas y maneras sencillas. Mi apellido es «Mauvais-passant», repetía, con una bonachonería que desmentía cualquier amenaza. Su conversación se limitaba a los recuerdos de las lecciones de teología literaria que le había inculcado Flaubert, cuyas más vivas que profundas admiraciones, constituían su religión artística, a una inagotable provisión de anécdotas groseras y salvajes invectivas contra el personal del ministerio de la Marina. Sobre este último punto no paraba de hablar. A decir verdad, hablaba poco, no se abría demasiado, no decía nada de sus proyectos. Continuaba componiendo poemas, ni mejores ni peores que los primeros, versos al margen de la poesía, sensuales y elocuentes, versos de un prosista de raza. Si se le aconsejaba escribir otra cosa, respondía sencillamente: «No tengo prisa. Aprendo mi oficio».

Se le quería por la gracia de sus modales y por la igualdad de su humor³²

A continuación, El Sr. Henri Roujon nos lo muestra mistificando al burgués, esperando a sus amigos en la estación, vestido con un jersey de rayas, sin mangas y, si advertía la presencia de personas conocidas por su mojigatería o sus funciones elevadas, no dejaba de proferir en voz alta palabras de bienvenida inmodestas.

³¹ Ed. Conard, tomo I.

³² Henri Roujon, *loc. cit.*

Esta tendencia a la broma, que todo el mundo destacará, el propio Maupassant la consignará en sus relatos. Recordemos al tío Savon, inmortalizado en *l'Heritage*. No hay día que no se le haga alguna perrería en la calle Royale: aceite vertido sobre la esponja de su tintero, polvora mezclada con el tabaco, drogas introducidas en la jarra de agua, silla a la que se le ha serrado una pata.

Por fortuna tenía otras ocupaciones más serias y el año 1876³³ (sic) vio aparecer sucesivamente, bajo la firma de Guy de Valmont, *Le donneur d'eau bénite*, y *Coco, coco, coco frais*, ambos publicados en *la Mosaïque*.

En 1877 (sic), esta publicación presentaba todavía *Le mariage du lieutenant Laré*³⁴. Entre tanto, después de un logro tal, Guy de Maupassant solicita una licencia.

París, 18 de julio de 1876

Señor Director,

Requiriéndome unos asuntos familiares, tengo el honor de solicitar la autorización de ausentarme durante un mes, a contar desde el 1 de agosto del presente año.

Estoy desde hace cuatro años en el ministerio de la Marina y nunca he disfrutado de ningún permiso.

Me atrevo a esperar, Señor Director, que usted acogerá favorablemente mi petición.

Con profundo respeto, Señor Director, soy vuestro muy obediente servidor.

GUY DE MAUPASSANT

Funcionario de 4ª clase en la Dirección de Material.

Negociado de los aprovisionamientos generales³⁵

Una complaciente apostilla de M. L.... decidía al Director del Material, Sr. Sabatier, a solicitar, mediante un informe en todo punto favorable en conceder un mes de vacaciones (del 1 de agosto al 1 de septiembre) al postulante, y el ministro, almirante Fourichon, firmaba el permiso.

Pequeño éxito, indicando sin embargo muy a las claras que Maupassant tenía el «viento de popa», por emplear una locución expresiva de la vieja marina.

Enardecido, se obstina a reclamar un nuevo ascenso. Él, quién se ha burlado con tanta aspereza en *l'Heritage* y en *En famille*, de esa tensión constante, increíble, del espíritu burocrático, no vacila en hacerse recomendar directamente para ese fin, por el almirante Fourichon, el cual, por otra parte, se había ya comprometido en su nombramiento. El original de la petición ha desaparecido, pero permanece un rastro del mismo en las siguientes notas:

DIRECCION
CONTABILIDAD GENERAL
NEGOCIADO DEL SERVICIO INTERIOR

París, 22 de diciembre de 1876

Nota para la Dirección del Material.

El ministro acaba de remitirme la carta adjunta del Sr. coronel de la Salle que le recomienda al Sr. Guy de Maupassant, funcionario de 4ª clase en la Administración Central.

³³ En realidad fue en septiembre de 1877 y en septiembre de 1878 (N. del T.)

³⁴ Ed. Conard, tomo I. Y la publicación fue el 25 de mayo de 1878.

³⁵ Archivos del Ministerio de Marina.

Este funcionario formando parte de la Dirección del Material, pertenece a mi colega apreciar la concesión de esta recomendación y dar las órdenes oportunas al ministro al respecto.

El Consejero de Estado,
Director de la Contabilidad general³⁶.

Jerarquicamente, el Director de la Contabilidad transmite la petición apoyándola:

GABINETE DEL DIRECTOR

París, 24 de diciembre de 1876.

Nota para el ministro.

El Sr. Consejero de Estado, Director de la Contabilidad general, me ha transmitido la carta adjunta del Sr. coronel de la Salle, quién recomienda a Su Excelencia al Sr. Guy de Maupassant, funcionario de 4ª clase en la administración central (negociado de los aprovisionamientos generales, dirección del material).

El Sr. Guy de Maupassant es un empleado del que estoy satisfecho y mi intención es proponerle para el grado de funcionario de 3ª clase, con un sueldo anual de 2.100 francos³⁷.

Una leve variante sin embargo en las demás apreciaciones. La capacidad no es más que «bastante satisfactoria» y la salud, de «buena» se ha convertido en «bastante delicado a pesar de una apariencia robusta».

¿M. L., objeto especial de las iras del escritor, sospecha ya que el escritor incubaba una serpiente en su seno? ¿O bien, espíritu estrictamente tradicionalista, se mantenía en afirmar que la gloria literaria no le deslumbraba, y que un autor aclamado en los cenáculos de los bulevares no basta para redactar con probidad un tema administrativo?

Si la salud de Maupassant no es más que un jarrón roto de donde la vida y la razón se escapan gota a gota, el encanto que le relaciona con sus colegas y sus jefes está también a punto de romperse.

El gentleman de las letras y fantasioso remero no se toma la molestia en disimular que es incapaz de adaptarse al orden, método, en una palabra, al automatismo de sus compañeros.

Esas cualidades las ridiculizará pronto.

El Sr. Caraban siempre había llevado la existencia normal de los burócratas. Desde hacía treinta años, acudía invariablemente a su despacho, cada mañana, por la misma ruta, pasando a la misma hora por los mismos lugares, encontrándose con los mismos rostros de hombres que iban a sus trabajos, y regresando cada tarde, por el mismo camino, donde volvía a encontrar aún las mismas caras que había visto envejecer.³⁸

Nadie considera que tales hábitos tengan nada en sí de censurable ni siquiera de absurdo; pero todos convendrán que el cuadro está bien esbozado. Sin embargo el despiadado cronista anota minuciosamente que el funcionario principal Caravan compra su periódico cotidiano en un rincón del barrio Saint-Honoré, que, casado con la hija, sin duda, de un colega, mantiene a su esposa al corriente de todos los cotilleos de la oficina y se muestra enemigo de las novedades, reaccionario, sin partido determinado.

³⁶ Archivos del Ministerio de Marina

³⁷ Archivos del Ministerio de Marina.

³⁸ En Famille.

Tal monotonía en esa existencia críspala a Maupassant, y cuando Cachelin habla con admiración del hermoso porvenir que espera a su jefe, el puntual Lesable, le hace interrumpir por el apuesto Maze:

¡Bueno para aquellos que juzgan el ministerio una carrera! ¡Para otros, eso es poco!³⁹

En tal circunstancia, Maze, que en otros párrafos el satirista colmará de epigramas, es doble de Héctor de Gribelin, pues Maupassant no se conforma solamente en pasar por un noble hombre de raza, sino también por un guapo muchacho.

§

Con todas sus fuerzas, él desea desprenderse de su personalidad, y la rutina administrativa, sea cual sea el tema tratado, exige la destrucción de esta personalidad. Este anonimato es inconciliable con el talento propio del colegial antaño independiente, a pesar de su pasividad de mando.

Un informe bien hecho siempre es apreciado, pero su redactor choca a menudo con contingencias que lo paralizan. Es lo que André Moufflet, gramático consumado y avezado psicólogo, ha explicado perfectamente en un estudio dedicado al tema:

El escritor, dice, se confía al público, expone su yo, se fabrica un estilo. El administrador se disimula en la loable preocupación de afirmarse imparcial, pero se equivoca... pues si el *pensamiento* administrativo debe permanecer impersonal, el *estilo* administrativo no puede serlo por entero. Si los funcionarios no gozan de una buena prensa, es porque los humoristas han contribuido un poco a ello. Algunos relatos de Maupassant (*L'Heritage* entre otros, que se desarrolla en el Ministerio de la Marina), *Monsieur Badin* y el famoso *Messieurs les Ronds-de-Cuir*, de Courteline, han popularizado los tipos de los burócratas que, para el público, resumen la administración, el aficionado, el solemne, el bruto, y pronto se evoca a Labrier, La Hourmerie, Torchebeuf y al tío Soupe... Os creéis encontrar a un hombre y encontráis una máquina aplicando circulares; uno desea una decisión inspirándose en las contingencias, adaptado a un asunto determinado, *a la vida*, y se obtiene una prosa neutra, mecánica que, hecha para todos los casos, no conviene con exactitud a ninguno de ellos, como esos trajes de confección realizados para todo el mundo, que a nadie sientan bien⁴⁰.

Maupassant no quería ponerse más que trajes confeccionados para él mismo y a su medida.

El éxito obtenido por algunas de las narraciones de las que Flaubert había tolerado su publicación tras las correcciones de una despiadada censura, le permitía esta esperanza. Contaba realizarla después de la nueva cura de reposo de dos meses que le otorgaban sus jefes, yendo a Louèche, cuyas aguas, como se sabe, convienen particularmente a los artríticos, reumáticos y neuróticos. Allí llega a finales de julio de 1877 y nos ha contado la impresión causada por esa estancia, de la que obtuvo el tema de su relato: *Aux Eaux*, bajo forma de un *diario* personal del marqués de Roseveyre⁴¹.

³⁹ L'Heritage.

⁴⁰ André Moufflet: *Du estyle administratif* (Revue maritime, abril 1923.)

⁴¹ Ed, Conar, tomo X. Aparecido por primera vez en *Le Gaulois* del 24 de julio de 1883.

12 de junio de 1880.— ¡A Loèche! Quieren que vaya a pasar un mes a Loèche!
¡Misericordia! ¡Un mes en esta ciudad que se dice la más triste, la más muerta, la
más aburrida de las ciudades balneario! ¿Qué digo una ciudad? ¡Es un agujero,
apenas un villorrio! Finalmente se me condena a un mes de baños.

En el último momento, para engañar su tedio, el marqués de Roseveyre lleva con
él a una primer premio del Conservatorio, Berthe, de 20 años de edad, a quién hará
pasar por su legítima esposa. La impresión cambia de inmediato.

26 de junio. —Loèche no es triste. No, es salvaje, pero muy bonita.
Todo esto me seduce, me encanta. Es posible que...¿y si Berthe no estuviese
aquí?...

Roseveyre no es muy delicado, se le ve, en sus modales mundanos; también su
animador, Maupassant, no se muestra más ecléctico para la elección de sus relaciones.

Viviendo entonces en el número 17 de la calle Clauzel, era más o menos el único
inquilino de apariencia seria en esa casa habitada en su mayoría por putas. El viernes,
Céard, Emile Zola, Paul Alexis, Hennique, Huysmans, se reunían en su casa y a veces,
al final de la velada, no hacía ascos que sus vecinas entrasen, al regresar de sus
trabajos⁴².

Los Sres. Léon Deffoux y Emile Zavie, que nos han descrito este rasgo, añaden
que sus compañeros del ministerio de la Marina conservaban de él el recuerdo de un
hombre «correcto, deferente y timorato».

Caracter amargado y desabrido, completarán aquellos que lo han conocido aún en
la calle Royale. Según todos esos testimonios, parece que nos encontramos en presencia
de alguien que busca su camino, sufre de un medio en el que sus aspiraciones se ven
obligatoriamente contrariadas, se esfuerza en una corrección superficial, atemperada por
bruscos accesos de alegría o de negra melancolía.

Se le reprochaba ser distante. Tal vez se mostrase simplemente taciturno por
espíritu de observación.

Ya he hablado de esta cualidad característica y, en el prólogo de *Pierre et Jean*,
resumió el método de Flaubert al respecto, método que fue igualmente el suyo:

Se trata de mirar todo lo que se quiere expresar durante mucho tiempo y con
bastante atención para descubrir en él un aspecto que no haya sido visto ni dicho
por nadie. Hay en todo algo de inexplorado porque estamos acostumbrados a
servirnos de nuestros ojos añadiendo el recuerdo de lo que se ha pensado antes que
nosotros sobre lo que contemplamos. La menor cosa contiene algo de
desconocido⁴³.

Esta agudeza de visión, ya la había advertido Zola e incluso en vida del creador de
Boule-de-suif, ya lo había felicitado.

Conocí a Maupassant en casa de Flaubert, escribe Zola. Fue hacia 1874. Él
apenas había recién salido del colegio, nadie lo había advertido todavía, en nuestro
rincón literario...

⁴² Léon Deffoux y Emile Zavie: Guy de Maupassant, romancier de soi-même (1918).

⁴³ Ed. Conard, tomo XIX (septiembre 1887).

Tras haber constatado que venía cada semana a someter sus trabajos al maestro y que este último le hacía volver a trabajar severamente las frases de dudosa sonoridad, Zola añade:

Desde que llegábamos, se apartaba modestamente, hablaba poco, escuchaba con aspecto inteligente de un muchacho que se sienta sobre unos riñones sólidos y que toma notas.⁴⁴

Evidentemente, este modo de *desplumar* así a sus contemporáneos podía disgustar a muchos. Nadie se resigna a representar un papel de cobaya de laboratorio, y se sabe que la benevolencia no está generalmente en la base del espíritu de observación del vecino...

Una tradición, fuertemente arraigada en la calle Royal, quiere que sus colegas se hubiesen encabritado delante del objetivo. Se ha dicho que, de tácito acuerdo, habían puesto al fotógrafo en cuarentena, inmediatamente después de la publicación de los cuentos en los que Torchebeuf, Lesable, Carvan, Cachelin, habían sido sentados en el banquillo.

No es más que una leyenda. Maupassant esperó a conquistar su libertad para denigrar a lo que él llama sus antiguos compañeros de cadenas.

Aquellos lo mantenían al margen – sin más – porque, no faltando nunca, cara a cara, a las reglas estrictas de la corrección, comenzaba a manifestar, respecto de todos, aires de superioridad muy desagradables.

En cuanto a los cuentos donde él los vilipendia y los arrastra sobre el lodo del ridículo, son posteriores a su salida del ministerio. *L'Heritage* apareció en *la Vie militaire*, en marzo y abril de 1884⁴⁵, *En Famille* en la *Nouvelle Revue* del 15 de febrero de 1881, y Maupassant estaba liberado de la Marina desde 1879.

Que hayan sido redactados sobre la mesa del despacho 392 y sobre papel con el membrete del ministerio, es cierto, pero si sus colegas dudaban de ello, se inclinaban a ignorarlo.

Las reflexiones descorteses que a veces se permitía en voz alta a su encuentro los ponía a todos al menos alerta, y no pudiendo hacer nada mejor o peor, le mostraban bastante tímidamente que lo tenían bajo sospecha.

A lo más, exhalará su bilis por mediación de Flaubert que hará de Bouvard el copista de una casa de Comercio y de Pécuchet un empleado del ministerio de la Marina. «La monotonía del despacho les resultaba odiosa. ¡Continuamente el borrador y el papel de calco, el mismo tintero, las mismas plumas y los mismos compañeros! Juzgándolos estúpidos, les hablaban cada vez menos. Eso les valió burlas. Llegaban todos los días con retraso y recibieron amonestaciones.⁴⁶ »

§

Preciso regreso a las cosas de aquí abajo y triste tributo a la celebridad. Maupassant, que nunca temió revelar todos los pequeños aspectos de sus camaradas, no ha sido más respetado más tarde por algunos de sus propios admiradores.

Se le encontró una madre muy exaltada, un padre extraño, un hermano loco. Incluso se ha dedicado toda una obra a su enfermedad. Aunque eso sea un poco la

⁴⁴ Emile Zola: *Une campagne* (1882)

⁴⁵ Un primer esbozo, bajo el título *Un million*, fue publicado en *el Gil Blas* del 2 de noviembre de 1882 bajo el pseudónimo de Maufrigneuse.

⁴⁶ *Oeuvres complètes de Gustave Flaubert* (ed. Conard, tomo VII)

especialidad de los médicos en ver por todos lados indicios mórbidos, constatamos sin embargo que su evolución física no escapa a la perspicacia de su jefe jerárquico, del que ya he mencionado antes la observación. El 14 de diciembre de 1877, todavía se insiste en ello:

Salud bastante mala, a pesar de una apariencia robusta.

Y subraya:

Empleado inteligente y que un día podría ser muy útil cuando se haya familiarizado con los detalles del servicio. Pero es flojo, sin energía, y temo que sus gustos y aptitudes lo alejen de los trabajos administrativos⁴⁷.

Flaubert no aflojaba ni siquiera a su protegido de una suela, a juzgar por la siguiente carta que está fechada en Croisset, «noche del 31 de diciembre de 1877».

Según lo que he comprendido en su última carta, usted no ha sido todavía nombrado funcionario de carrera. ¿Cuándo ocurrirá eso? ¿Tal vez se le quiera poner a prueba? Pero si usted está bien visto por todos los directores, el asunto se realizará⁴⁸.

Si el gran escritor tenía un visible interés en su pupilo, hay que reconocer que, por su parte, el discípulo no perdía ocasión alguna de actuar sobre la sensibilidad del maestro.

El 23 de enero de 1879, la Sra. de Maupassant escribía a su ilustre amigo:

Puesto que llamas a Guy hijo adoptivo, me perdonarás, mi querido Gustave, si te hablo con toda sinceridad de ese muchacho. La declaración de cariño que le has hecho ante mi me ha resultado tan dulce que la he tomado al pie de la letra y me hace imaginar que te impone deberes casi paternales. Sé además que estás al corriente de las cosas y que el pobre empleado del ministerio ya te ha expresado todas sus dolencias. Tú te has mostrado excelente, como siempre, lo has consolado, animado, y él espera hoy, gracias a tus buenas palabras, que está cercana la hora en la que podrá abandonar su prisión y despedirse del amable jefe que guarda la puerta⁴⁹.

Indudablemente la crisis se precipitaba y las relaciones se convertían cada vez más tensas en la calle Royale. He aquí una carta dirigida a Flaubert, donde Maupassant deja escapar su desamparo:

MINISTERIO DE LA MARINA Y DE LAS COLONIAS
París, 5 de julio de 1878.

...Añada a esto que mi ministerio me enerva, que no puedo trabajar, que tengo el espíritu estéril y fatigado por sumas que hago desde la mañana hasta el anochecer y que me invaden momentos de percepciones tan claras de la inutilidad de todo, de la maldad inconsciente de la creación, del vacío del porvenir (sea cual sea), que siento que me invade una indiferencia triste por todas las cosas y solamente quisiera permanecer tranquilo, tranquilo en un rincón, sin esperanzas y sin problemas.

⁴⁷ Archivos del Ministerio de la Marina.

⁴⁸ Ouvres completes de Gustave Flaubert (ed. Conard, tomo IV)

⁴⁹ Ed, Conard, tomo II.

Vivo completamente solo porque los demás me aburren, y yo mismo me aburro porque no puedo trabajar. Encuentro mis ideas mediocres y monótonas, y estoy tan encorvado de espíritu que ni siquiera puedo expresarlas. Cometo menos errores en mis sumas, lo que demuestra que soy bien estúpido...

Digo cada noche, como San Antonio: «Un día más, un día que pasa». Me parecen largos, largos y tristes, entre un colega imbécil y un jefe que me regaña. Ya no digo nada al primero; no respondo al segundo. Ambos me desprecian un poco y me encuentran estúpido, lo que me consuela.⁵⁰

Flaubert lo reprende afectuosamente de esta pereza de espíritu:

Croisset, 15 de agosto de 1878.

Es *necesario*, me entiende usted, jovencito, es *necesario* trabajar más que eso. Llego a sospechar que es ligeramente perezoso. ¡Demasiadas putas! ¡Demasiado remo! ¡Demasiado ejercicio! ¡Sí, señor! Lo civilizado no tiene tanta necesidad de locomoción como pretenden los médicos⁵¹

Maupassant se defendía, culpando de su lasitud a la fatiga causada por su labor cotidiana:

Paris, 21 de agosto de 1878.

...Después de mis siete horas de *trabajo administrativo*, no puedo más que acostarme para expulsar todas las pesadumbres que agobian mi espíritu.⁵²

Los «trabajos» no eran tal vez tan absorbentes como insinuaba el funcionario Guy de Maupassant, pero la tensión con sus colegas se hacía dramática. Éstos acababan de conseguir desembarazarse de él haciéndolo destinar al servicio de la Contabilidad y Presupuestos, y ya se ha visto la aversión que él tenía hacia las cifras.

Flaubert fue una vez más su confidente:

París, miércoles.

....Mi jefe, por la única razón, sin duda, de resultarme desagradable, acaba de darme el servicio más horrible del negociado, servicio que realizaba muy bien un viejo empleado embrutecido. Se trata de la preparación de los presupuestos y las cuentas de la liquidación de los puertos: cifras, nada más que cifras; además, me encuentro tan cerca de él que me resulta imposible trabajar para mí, ni siquiera cuando tengo una hora de descanso; ese es, creo, el objetivo que pretende.⁵³

En cualquier caso, resulta un pensamiento bastante negro que M. L.... no lo hubiese sabido siempre, según lo que se desprende de los testigos contemporáneos y los numerosos papeles con membrete del ministerio de la Marina y las Colonias, utilizados por el escritor durante sus horas de asueto.

¿Tal vez fue el momento en el que tuvo lugar la disputa descrita en *l'Heritage*?

El Sr. Lesable interpela a su colega: «Sr. Maze, no soy como usted, un gran presumido ni un guaperas. Y le ruego que a partir de este momento no me dirija nunca la palabra. No me preocupa usted ni los que se le parecen.»

⁵⁰ Ed. Conard, tomo I.

⁵¹ Oeuvres complètes de Gustave Flaubert (ed. Conard, tomo IV).

⁵² Ed. Conard, tomo I.

⁵³ Ibid.

Se puede sospechar que Maupassant, enfermo inconsciente, pero irritable, no tuviese ya reparos con su protector y le trasladase, sin atenuación, su impresión del momento, en su aspecto más sombrío. Sin duda incluso esperaba, describiéndole tan lamentable cuadro, espolearlo para obtener de él un proyecto acariciado desde hacía largo tiempo, hacerse destinar a la Instrucción Pública, cuyo ministro, Bardoux, era íntimo amigo de Flaubert.

El 2 de noviembre de 1878, éste enviaba esta nota triunfal al recalcitrante redactor:

El pasado domingo, Caroline me ha escrito desde París las líneas que le transcribo: «El Sr. Bardoux me ha dicho que solicitaría a Guy personalmente en un futuro muy próximo⁵⁴»

Tan solo quedaba un último requisito que resolver: operar el traslado administrativo sin llevar a cabo las formalidades al uso. Maupassant, bien por cortesía, bien por disfrutar de la situación, creyó su deber anunciar él mismo a M. L... que cambiaba de ministerio. El otro dio un brinco:

–Señor, sus procedimientos son incalificables. Abandona usted esta casa sin haber hecho trasladar su solicitud por vía jerárquica. No permitiré...

–¡Oh!, Señor, usted no tiene nada que permitir... Este asunto se negocia entre ministros, muy por encima de usted.

Y contemplando al viejo profesional tradicionalista escandalizado, salió con una reverencia burlona.

Cuando Maupassant hubo alcanzado la celebridad, M. L... nunca dejó de proclamar que él siempre había estimado y apreciado a su colaborador en su justa medida.

Se ha podido ver que esta protesta estaba bastante fundada. La última nota confidencial que él redacta al respecto lo confirma sobradamente.

Tras haber calificado de buenas su conducta, su moralidad, y sus modales, constata simplemente que la salud es «bastante mala», aunque la manera de servir sea «bastante satisfactoria». En cuanto a la apreciación acerca del valor general, está por encima de lo que debe estar, teniendo en cuenta el modo en el que ambos hombres se despedían.

El jefe del negociado se inhibe:

Habiendo, el Sr. de Maupassant, presentado su dimisión como empleado de la Marina para ser destinado al Ministerio de la Instrucción Pública, considero que de nada sirve dar mi opinión sobre su manera de servir⁵⁵.

Esta nota es del 19 de diciembre de 1878.

El 4 de enero de 1879, su situación administrativa era finiquitada en la calle Royale.

París, 4 de enero de 1879.
DIRECCIÓN: MATERIAL

ASUNTO:
Dimisión del Sr. Guy de
Maupassant, funcionario de
3ª clase de la administración

NEGOCIADO: GABINETE DEL DIRECTOR

⁵⁴ *Oeuvres complètes* de Gustave Flaubert (éd. Conard, tomo IV)

⁵⁵ Archivos del Ministerio de la Marina.

central de la Marina.

Informe al Ministro.

El Señor Ministro de la Instrucción Pública ha solicitado recientemente a su Excelencia tenga a bien dar de baja en su Gabinete al Sr. Guy de Maupassant, funcionario de 3ª clase de la Administración central, empleado en la dirección del material. S.E. ha informado a su colega que le era imposible acoger favorablemente su petición.

El Sr. Guy de Maupassant, deseoso de ocupar la plaza que le está reservada en el Gabinete del Sr. Bardoux, me presenta, mediante la carta adjunta, su dimisión de funcionario de la administración central de la Marina.

Tengo el honor de rogar a S. E. tenga a bien aceptar esta dimisión que entrará en vigor desde el 18 de diciembre último.⁵⁶

El ministro lo aprueba, y es curioso destacar que en esa fecha la cartera ministerial era detentada de nuevo por el almirante Pothuau, el mismo que acogió siete años antes al modesto bachiller de provincias que venía a buscar fortuna a París y en vísperas de encontrarla.

Maupassant, exultante, vino a anunciar su nominación a Henri Roujon, entonces destinado en el servicio de Enseñanza Primaria en el ministerio de Instrucción Pública. El y su amigo, compartiendo su alegría, ejecutaron un paso de baile desenfadado alrededor de un pupitre erigido momentáneamente a la dignidad del altar de la amistad; alabaron sin reservas a Bardoux, ministro avezado y protector de las letras, terminando la danza con una espantosa salva de insultos hacia los antiguos jefes de la Marina⁵⁷.

Su nuevo ministro lo destina al primer despacho del Gabinete y lo toma como secretario. Sería interesante encontrar los manuscritos originales de los informes que redactaba en esa época donde la trepidante máquina de escribir todavía no había sustituido su maquinaria anónima en el esfuerzo personal del hombre.

La vista se extendía sobre un bello jardín triste de plátanos gigantes, y no hacia muros interiores, como en la calle Royal⁵⁸. Además Henry Roujon, Xavier Charmes, Léon Dierx, René Billote, le procuraban una agradable compañía.

Como una alegría nunca viene sola, el 19 de febrero de 1879, el *Gymnase* representaba *l'Histoire du Vieux temps*, comedia en un acto y en verso.

Al año siguiente, Gustave Flaubert daba el visto bueno a la impresión de *Boulevard-Suif* y el éxito prodigioso de este relato encumbró al autor.

Dos meses más tarde, el 8 de mayo de 1889, el ilustre maestro se apagaba, con el consuelo de ver a su alumno en el camino de la gloria.

Algún tiempo después, gracias a Jules Ferry que sustituía a Bardoux, y a su jefe de Gabinete, Alfred Rambaud, Guy de Maupassant obtenía un permiso de un año, renovable.⁵⁹ Siempre prudente, no quería abandonar el abrigo tutelar de la administración sin saber consolidada su posición en las letras.

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ Henry Roujon, op. cit.

⁵⁸ «Desde mi despacho percibía un trocito de cielo azul donde volaban las golondrinas; me entraban ganas de bailar en medio de mis negras carpetas.

Mi deseo de libertad creció de tal modo, que, a pesar de mi repugnancia, iba a encontrar mi mono. Era un pequeño gruñón, siempre encolerizado. Yo dije estar enfermo. Me miró a la nariz y exclamó: «No me creo nada, señor. ¡En fin, váyase! ¿Cree que un negociado puede funcionar con empleados semejantes?» Pero me fui y me dirigí al Sena.» (AU PRINTEMPS.)

⁵⁹ Edouard Maynial: *La vie et l'oeuvre de Guy de Maupassant* (1906)

Maupassant pertenece ahora al gran público y lo seguiremos más en su bella carrera.

Constatemos sin embargo que el historiógrafo complaciente de Héctor de Gribelin todavía tomo una vez más su pluma para describirnos, no ya un « esclavo de la marina », sino un vivaracho secretario de ministro.

Un tal Sr. Sacrement deseaba ser condecorado, sin conseguirlo.

Entonces se decidió a realizar gestiones personales. Solicitó una audiencia con el ministro de Instrucción Pública, y fue recibido por un adjunto del Gabinete muy joven y ya serio, incluso importante, y que gozaba, como un piano, de una serie de pequeños botones blancos para llamar a los ujieres y los mozos de la antesala, así como a los empleados subalternos. Afirmó al solicitante que su asunto estaba en buen camino y le aconsejó continuar sus destacables trabajos⁶⁰.

§

El caso de Maupassant, evadiéndose del funcionariado, considerado como esclavo público, para refugiarse en la literatura considerada como puerto de libertad, es un error, pues no hace más que cambiar de yugo, y es extremadamente frecuente.

Casi todos nuestros autores, incluso y sobre todo los más reputados, han seguido este *procedimiento*, y muchos han compatibilizado toda su vida las dos profesiones, en principio por una mayor seguridad, y también porque no tienen nada de incompatibles, ni en cuanto a la dignidad personal, ni a la naturaleza de la ocupación.

Racine era controlador de Impuestos y de ese empleo extraía lo más claro de sus rentas; Corneille había sucedido a su padre, en su cargo en las Aguas y Bosques; La Fontaine igualmente presidía – platónicamente al menos, pues sus detractores le reprocharon no saber distinguir un roble de un olmo – las talas y la venta de los árboles de Su Majestad.

En el siglo XIX y en el XX, el 99% de aquellos que han hecho gemir las prensas o montar a Pegaso, han estampado sus firmas en los despachos de los ministerios o del Ayuntamiento. Para abordar la temible carrera literaria, sin tener aseguradas las espaldas, hay que ser muy rico y los multimillonarios en general tienen otras preocupaciones – sino otras vanidades – en la cabeza.

Los no afortunados, que intentan la escalada del Olimpo, se arriesgan a caer en la bohemia, y los padres de familia tienen un horror instintivo, muy justificable, en definitiva, a las Musas. Alexandre Dumas ha observado en alguna parte que, desde que el mundo es mundo, un único padre ha educado a su retoño para ser poeta, y ese poeta se llamó Chapelain.

El caso de Maupassant no es pues escaso, pero este agradable cuentista ha mordido rabiosamente el seno de su nodriza, y eso es lo que constituye su originalidad, pues no vemos a ningún otro escritor actuar de ese modo, salvo tal vez Henry Monnier. Aún así, Henry Monnier, creando el tipo de Joseph Prudhomme, no ha apuntado más que a uno de sus jefes de negociado, que le había despedido por ser irreverente hacia la Sra. Prudhomme. Y las flechas que le lanza no son en absoluto venenosas y no hieren más que a flor de piel.

Los desgraciados funcionarios de la Marina que Maupassant, con verbo endiablado y un talento a partir de ahora indiscutible, dan pasto a la malignidad de sus

⁶⁰ *Décoré!* (Ed. Conard, tomo IX). Aparecido por primera vez en el Gil Blas, el 13 de noviembre de 1883, bajo la firma de Maufrigneuse. Se sabe que Maupassant rechazó constantemente la Legión de honor. Bardoux le entregó las palmas y él las llevó una sola vez, en una velada ministerial.

contemporáneos y de la posteridad, sin embargo tienen algo bueno, a pesar de las mezquindades de espíritu, las estrecheces de miras, las mediocridades de la inteligencia que él les reprocha despiadadamente y de la que algunos – no todos – pueden estar afectados.

La abnegación anónima a la función pública, mediante la cual se mantienen las naciones, el celo en cumplir tareas oscuras y mediocrementemente retribuidas, la dignidad penosamente salvaguardada, una vida entera pasada al servicio del país con la esperanza, a menudo truncada, de un trozo de cinta roja como culmen de una carrera, todo eso representan unas cualidades de primer orden cuyo conjunto constituye una de nuestras principales fuerzas nacionales.

Este servicio voluntario merece al menos respeto y es injusto que el alumno de Flaubert no haya considerado más que su aspecto ridículo.

Además, los funcionarios, no son rencorosos y esto resulta igualmente una cualidad. Los más directamente observados por Maupassant no han acusado los golpes, y eso es una prueba de buen gusto. Los demás han querido participar de la gloria de uno de ellos. A sus instancias, una placa de mármol, cincelada en 1923, señala en lo sucesivo, en la calle Royale, a las nuevas generaciones, el despacho 392 donde, durante varios años, el eminente prosista se ejercitaba en escribir.

Como advertía Alphonse Allais descifrando los epitafios: «Decididamente es en los cementerios donde la convivencia es más fácil.»

MARTIAL DE PRADEL DE LAMASE

Mercure de France, 1 de septiembre de 1928

Traducción de José M. Ramos para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>